

han sido frecuentes las rebeldías, pero casi siempre, conformándose con el molde del pensamiento popular, tomaron por pretexto el respeto de los antepasados, la observancia de las tradiciones, el piadoso recuerdo de alguna dinastía caída. Hasta en plena revolución los Chinos con-



Museo Guimet.

Cl. Giraudon.

CACHARROS ARCAICOS HALLADOS EN LAS TUMBAS COREANAS

servan más que los otros hombres, gracias á su naturaleza campesina, el espíritu de lealtad conservadora y la necesidad de agrupación. Las rebeldías parciales son raras, las protestas individuales son, por decirlo así, casi totalmente desconocidas. El descontento toma un carácter colectivo, y cuando estalla una revolución, propagada siempre por las sociedades secretas, la ebullición social se hace sentir en poco tiempo de un extremo al otro del mundo chino.

Por otra parte, los filósofos antiguos del Reino Florido habían reconocido también que á veces la insurrección es el más santo de los deberes, y, lo que es más, esta afirmación se halla textualmente en el último de los «Cuatro Libros» ó Sse-chu, cuyo estudio es obligatorio en todas las escuelas del Imperio, aunque no forma parte de los cinco libros «canónicos». «Todos los hombres», dice Meng-

tse, denominado el «Filósofo Rígido», «todos los hombres son iguales; ¿por qué hay grandes y pequeños? Cuando los buenos manjares se preparan en las cocinas, cuando los establos se llenan de nobles caballos, mientras que el pueblo muere de hambre y cubre el camino con sus cadáveres, ¿verdad que es lo mismo que si estuviésemos gobernados por fieras que se complacieran en devorar los hombres? Y



Museo Guimet.

Cl. Giraudon.

CACHARROS DE KOROBOKUROS; HABITANTES PRIMITIVOS DEL JAPÓN

cuando el príncipe se une á las fieras, ¿puede llamársele padre de sus súbditos? ¿No tengo el derecho de tratarle como un bandido?» Y en otro pasaje: «El verdadero rebelde es el que ultraja la humanidad».

Se cuenta que un emperador de la dinastía de los Ming quiso retirar del programa clásico de los estudios las obras de Meng-tse, pero los letrados fueron en masa á protestar contra la voluntad imperial, precedidos por el primer ministro, que hizo llevar su ataúd delante de sí. Pero ¿no será esto una leyenda semejante á la historia de aquellos mandarines que en número de 460, siguieron en las llamas al famoso Chu-King ó «Libro de los Anales» recogido por Confucio, cuando Chi-Hoang-ti ordenó la destrucción de todos los libros escritos antes que él existiera? — Quería, dicen unos, inspirado por la vanidad, hacer que recomenzara la evolución mundial á partir de

su reinado; deseaba á justo título, dicen otros, romper la omnipotencia de los adoradores de la tradición escrita. Puede creerse que si tan fuertes palabras de los sabios antiguos han quedado en las obras clásicas, no será por el valor de los cortesanos letrados, sino más bien por la indiferencia de los amos. Las palabras no significan nada ó suenan en falso cuando la enseñanza que las completa les quita el verdadero sentido: son como cuerpos extraños que se enquistan en el organismo.

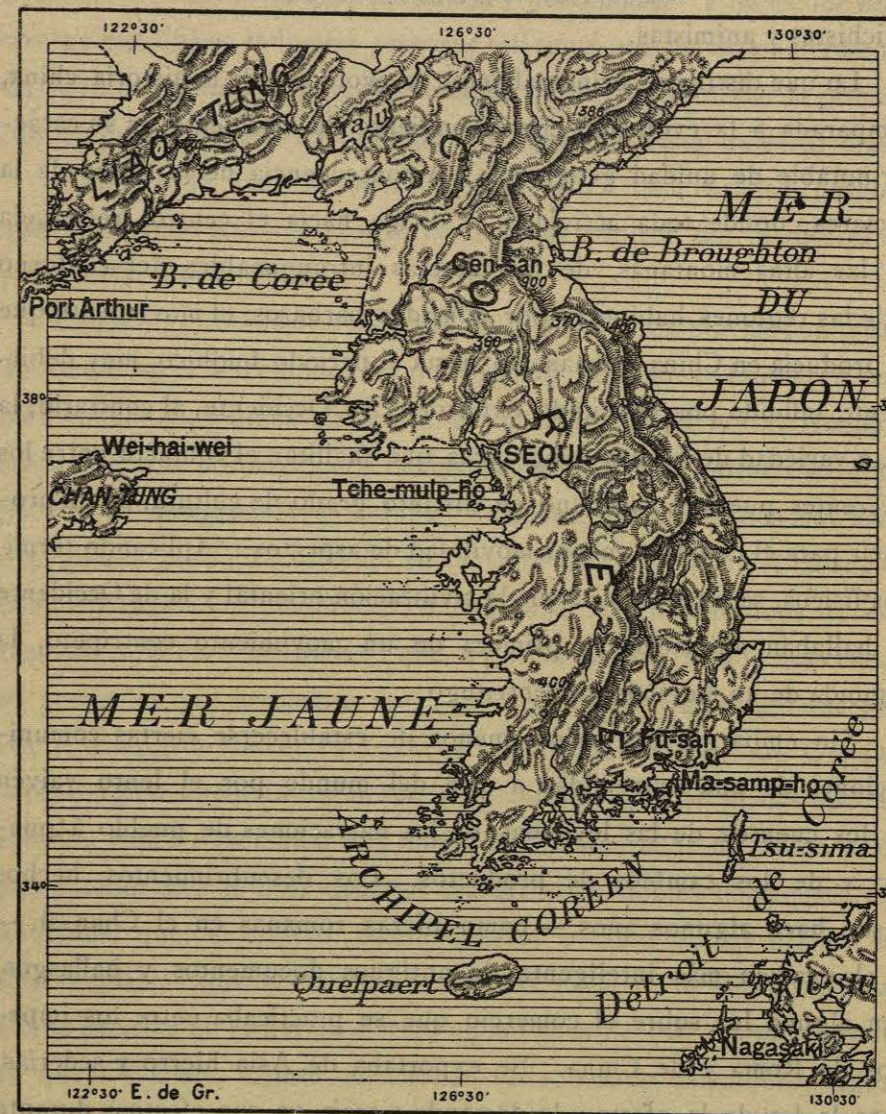
La solidaridad en todas las obras humanas, desde el pacífico trabajo de los campos hasta la peligrosa rebeldía armada, es uno de los rasgos característicos más notables del carácter chino, que se resume en esta máxima, maravillosa en su claridad, que cita de Pouvourville: «Ningún hombre en la eternidad podrá ser completamente feliz mientras subsista un desgraciado. La desgracia de un solo sér es una imperfección que impide al universo la felicidad de ser perfecto y completo».

Las enseñanzas que persistieron mejor, porque respondían al genio conservador de la nación china, fueron las de Confucio (Kung-fu-tse), el filósofo sencillo, correcto, extraño á toda pasión y á toda fantasía, el fiel observador de todas las convenciones y de todos los deberes estrictamente jerarquizados. «Todas las virtudes tienen su origen en la etiqueta», más aún «la etiqueta forma y fija el carácter» son palabras que se atribuyen á Confucio. Ese respeto á los «deberes» de toda clase, incluso las reverencias, los cumplimientos, la forma y la duración de las ceremonias, constituye un curso de moral, designado muy justamente por el término de Uan-li ó de los «diez mil ritos». Hay, en efecto, á lo menos diez mil, y el hombre culto se encuentra cogido, como en una argolla de hierro, en mallas de obligaciones que acaban por convertirse en mecánicas, pero que no por eso dejan de privar al individuo de gran parte de su iniciativa.

Y sin embargo, la filosofía de Confucio, que se acomoda a todo ese formalismo ocioso, es una especie de positivismo. «¿Cómo se pretende saber algo del cielo, decía, cuando es tan difícil formarnos una idea clara de lo que sucede en la tierra?» Los mismos emperadores, educados en la escuela de los mandarines moralistas, han suscitado frecuentemente la desconfianza del pueblo contra las supersticiones

esparcidas por los sacerdotes, y éstos son formalmente excluidos como indignos de toda ceremonia donde se muestre el «Padre y Madre» de sus súbditos.

N.º 226. Contraste de las Costas Coreanas



1: 7500000

0 100 250 500 Kil

Tales eran en el Oriente chino las enseñanzas y los usos oficiales, hace dos mil años, en la época en que por un notable paralelismo histórico, los filósofos de Grecia y los de China habían igualmente estudiado los problemas de la existencia y formulado las reglas de la ética. Pero de una parte y otra, aunque con grandes variantes en

los detalles, el período de las investigaciones filosóficas fué seguido de una gran reacción durante la cual unas religiones de nuevo tipo, en Occidente bajo la forma cristiana, en Oriente bajo la forma budhista, vinieron á bordar sus ritos sobre el viejo fondo de los cultos naturistas, fetichistas y animistas.

Lo que distingue principalmente la evolución de la historia china, comparada á la evolución correspondiente de Occidente, es su carácter notable de unidad geográfica. A consecuencia de la forma de la comarca, donde toda actividad se dirige hacia el centro, rechazada de las altas montañas, de las mesetas infranqueables del contorno y de las regiones habitadas por nómadas bárbaros, el movimiento que se producía en China permaneció hasta el período búdhico, muy débilmente influido por el mundo exterior. En Occidente, al contrario, la gran variedad de formas geográficas que facilitan el contacto entre los diferentes pueblos, cada uno en distinto grado de cultura, debía producir para el conjunto mayor movilidad de aspectos. Aplicando términos físicos, se puede decir: que la civilización oriental y la de Occidente se hallaban animadas, la primera de un movimiento centrípeto, la segunda de un movimiento centrífugo.

Sin embargo, no podían menos de establecerse ciertas comunicaciones de una extremidad á otra del mundo por el lento vaivén de los cuentos, de las leyendas, de las narraciones de pueblo á pueblo y de los cambios de productos. Los descubrimientos hechos desde hace algunos años, — como piezas romanas en el Chan-si, — y el examen más inteligente de antiguos documentos y hallazgos, dan alguna luz sobre el comercio que se practicaba entre los imperios de Roma y de China. Se exportaba de Asia hierro y sederías, pero la ley de la oferta y la demanda ejercía ya sus efectos; durante mucho tiempo recibieron los Romanos las sedas teñidas y tejidas; después, en tiempo de Augusto, se nos asegura, observando los patricios que el tinte chino no era tan brillante como el que los Alejandrinos podían obtener, fueron á comprar lejos la seda cruda y la hicieron teñir en Egipto. Hasta se han hallado en China tejidos de seda que, por su dibujo, se revelan como de fabricación occidental. Posteriormente, por el contrario, el tejedor chino se adaptó á los deseos de la clientela romana; se poseen tejidos de seda encontra-

dos los unos en Antioe, los otros en el templo de Nara, en el Japón, que ostentan la misma ornamentación: los blancos habían suministrado el modelo, los amarillos pusieron la mano de obra. Por otra parte, los Chinos importaban tapices, cristalería y porcelanas. Y no es que ellos crearan esta última industria, sino que, en tanto que los Sirios perdían el secreto, los Orientales la perfeccionaban hasta tal punto que su producción en porcelana fina no ha podido ser igualada hasta nuestros días¹.

Hasta en la historia escrita, hechos bien demostrados prueban que resonaban ecos directos entre los dos centros del Mediterráneo y de las Tierras amarillas.

Cuando la conmoción causada en toda el Asia por las conquistas de Alejandro el Macedonio, las poblaciones orientales resistieron también el choque, y quizá por imitar al vencedor de Darío Chi-Hoang-ti fué arrastrado por la locura de las conquistas, tan contraria al genio pacífico de los agricultores chinos. Después, hace unos dos mil años, otra guerra puso directamente en contacto los Orientales del Hoang-ho con los Griegos: el emperador Wu-ti quiso obtener algunos de esos famosos caballos «niseanos», que se decía habían bajado del cielo, y se pretendía que arrojaban fuego por las narices, y se siguió una guerra de conquista con el Ta-Yuan, la «Gran Ionia» ó «Gran Grecia», — el Ferghana actual — y, después de quince años de luchas que costaron la vida á trescientos mil hombres, el emperador de China acabó por obtener diez de esos caballos maravillosos, nobles corredores turkomanos, que, en efecto, sudan sangre, á causa de las filarias casi imperceptibles que anidan en su mucosa nasal. Por último, Roma y China estarían en comercio directo en la época de los Antoninos, puesto que los anales chinos mencionan un soberano extranjero, Antun, que pidió la amistad del emperador «Celeste».

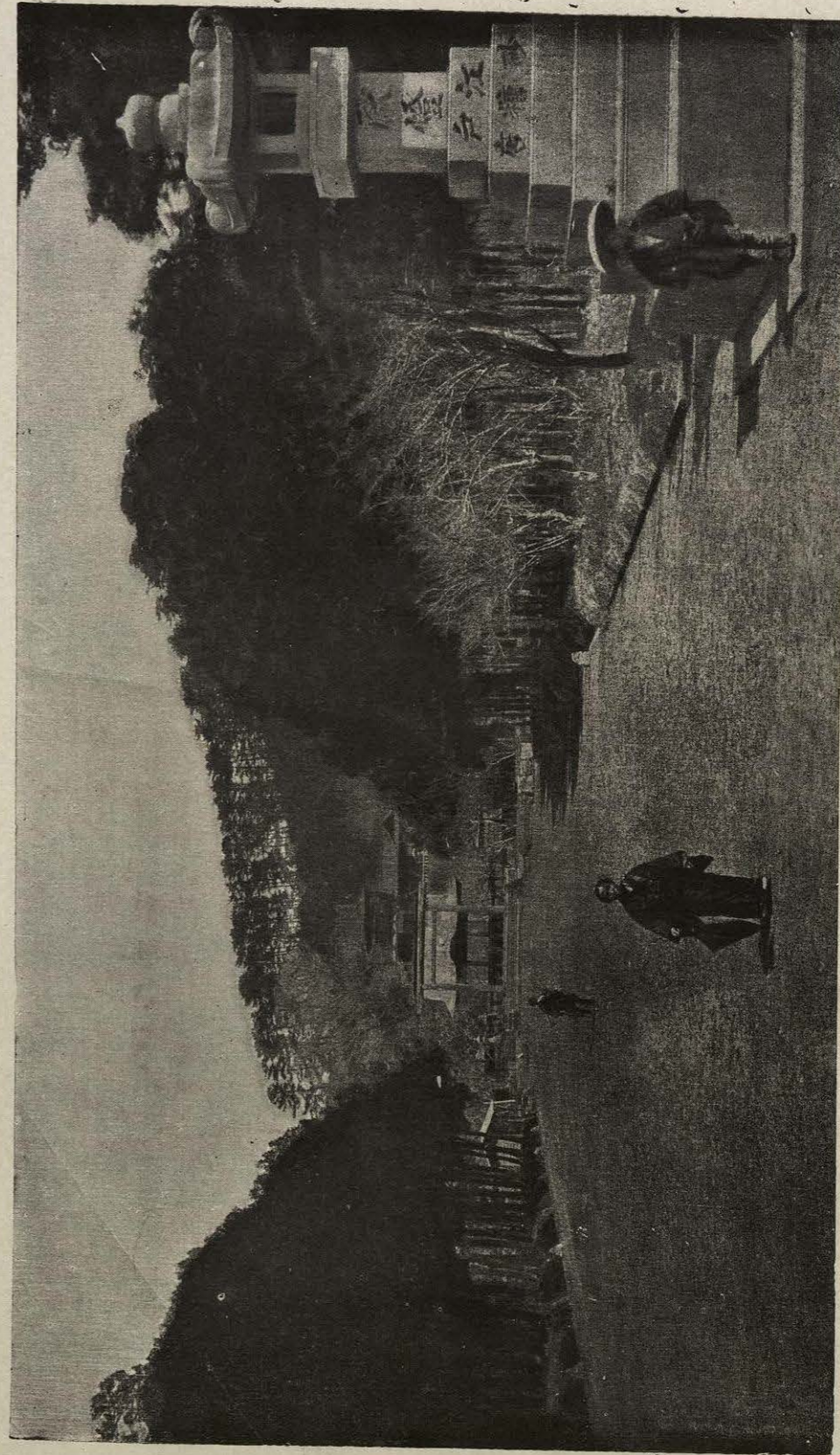
La acción de la civilización china hubo de hacerse sentir desde las edades antiguas sobre todas las comarcas del Este y del Sud con las cuales tenía comunicación fácil por medio de brazos de mar ó valles fluviales: la Corea, el Japón, Formosa, Hainan, el Tong-king y el Annam recibieron ciertamente del Reino Florido una parte considerable de su haber

¹ P. G. M. Stenz, *Globus*, 1903, I, p. 294. — E. Guimet, *Société Normande de Géographie*, 1898, p. 9. *Symboles asiatiques trouvés à Antinoë*, p. 8.

intelectual, aunque se haya hecho el silencio sobre los orígenes lejanos.

La península coreana, á la cual han dado los Chinos el nombre de Tchao-sien ó «Serenidad de la mañana», porque se halla, en efecto, á la «mañana», al oriente del imperio, atestigua por esta misma denominación su estado de independencia natural relativamente al Reino del medio. De la China han recibido los Coreanos la forma exterior y el fondo de su civilización, sus ciencias, sus industrias y sus artes; no podía ser de otro modo, en atención á los contornos y á la orientación de la comarca. La costa coreana se baña al Oeste en las amarillentas aguas del mar de China, y precisamente por ese lado la Corea presenta su vertiente de acceso fácil y por allí se abren las bahías más anchas y desembocan los ríos más caudalosos, que riegan las llanuras fértiles y populosas. El desarrollo total de las costas que miran hacia China, como para recibir sus efluvios, representa, con sus escotaduras, cerca de un millar de kilómetros, en tanto que del lado del Norte y del Este, el litoral abrupto, sin recortes profundos, describe una larga curva regular, como para rechazar el extranjero, no siendo hospitalaria hasta su extremidad meridional, separada del archipiélago del Japón por una estrecha manga. Por esta tierra avanzada se hicieron, durante el curso de la historia, los cambios pacíficos y las invasiones guerreras entre el continente y las islas japonesas.

Desde Carl Ritter se ha comparado frecuentemente Corea á Italia, y de hecho las dos penínsulas se parecen mucho. La superficie de una y otra es la misma á corta diferencia, y la disposición general del relieve presenta grandes analogías. Corea tiene su hemicíclo de los Alpes, pero un hemicíclo incompleto, en el Tai-peí-chañ ó «Gran montaña blanca»; posee también su arista de los Apeninos en los montes que se prolongan á lo largo de la costa oriental hasta los promontorios dirigidos hacia el Japón; por último, como Italia, Corea se divide en diversas provincias naturales, que fueron otros tantos Estados y conservaron mucho tiempo su autonomía. Pero si los dos cuerpos peninsulares son materialmente construídos sobre el mismo modelo, ¡cuán diferente fué su significación histórica, como consecuencia del gran contraste de las tierras! Todo depende del conjunto de las energías locales comparadas á las de las naciones que les rodean: del mismo modo que en la novela de Swift, el hombre,



TEMPLO DE KAMAKUR, CERCA DE YOKOHAMA